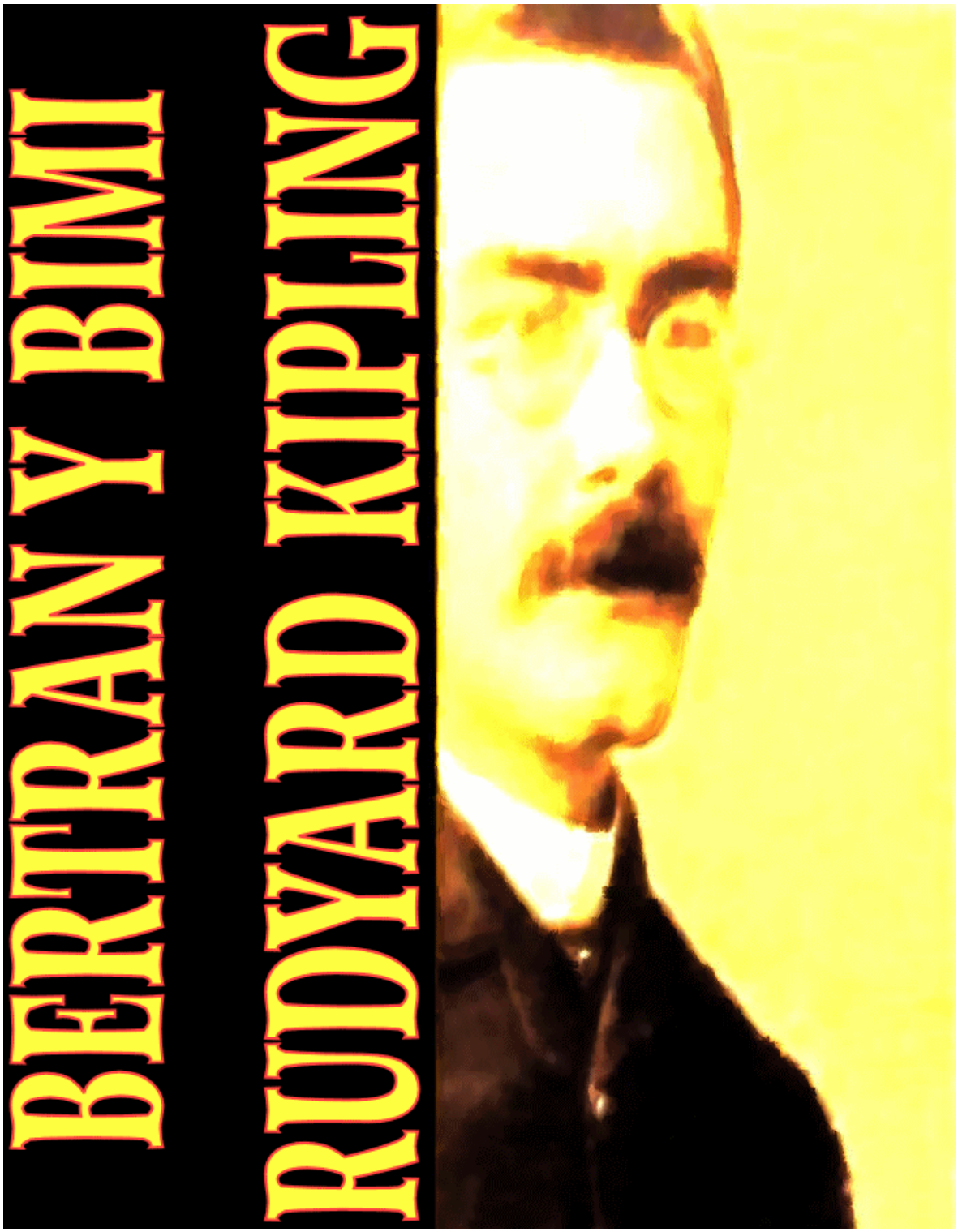
BERTRAN Y BIMI
RUDYARD KIPLING



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El orangután de la gran jaula de hierro amarrada al corral empezó la discusión. La noche era agobiante de calor, y cuando Hans Breitmann (el corpulento alemán) y yo pasamos por allí delante, arrastrando nuestros jergones para dormir en la bodega de proa del vapor, se puso en pie y empezó a parlotear obscenamente. Lo habían capturado en algún lugar del archipiélago malayo, y lo transportaban a Inglaterra para exhibirlo a un chelín por cabeza. Durante cuatro días, había luchado, gritado y forcejeado contra los fuertes barrotes de su prisión sin cesar, y casi había herido a un lascar lo bastante imprudente como para ponerse al alcance de su gran garra peluda.

-Te sentaría bien, amigo mío, un poco de mareo -dijo Hans Breitmann, deteniéndose junto a la jaula. Tienes un ego demasiado grande en tu cosmos.

El brazo del orangután se deslizó, negligente entre los barrotes. Nadie hubiera creído que fuera a lanzar un golpe contra el pecho del alemán con la celeridad de una serpiente. La seda ligera del pijama se desgarró; Hans dio un paso atrás con indiferencia para coger un plátano que colgaba de un racimo, junto a uno de los botes salvavidas.

-Demasiado ego -dijo, pelando la fruta y dándosela a aquel diablo enjaulado que estaba haciendo jirones la seda.

Luego dispusimos nuestros jergones en la proa, entre los lascares que dormían, para captar cualquier brisa que el propio movimiento del barco produjera. El mar era como aceite humeante, excepto cuando se volvía fuego bajo nuestro tajamar y se arremolinaba en la oscuridad, en una untuosidad de llamas opacas. Había una tormenta a unas millas de distancia: veíamos el resplandor de los relámpagos. La vaca del barco, agobiada por el calor y el olor del mono en la jaula, mugía desgraciada de cuando en cuando, con el mismísimo tono con que el centinela cantaba las horas desde el puente. Se oía muy nítido el ritmo de marcha de las máquinas, y el chirrido del mecanismo de elevación de las cenizas, cuando las vertía al mar, hería la continuidad del ruido sordo y apagado. Hans estaba tendido a mi lado y encendió el último puro del día. Esto era, naturalmente, el comienzo de una conversación. Era dueño de una voz tan apaciguadora como el agua de mar, y de experiencias tan vastas como el propio mar; porque su ocupación consistía en deambular por todo el mundo coleccionando orquídeas, animales salvajes y especímenes etnográficos para clientes alemanes y americanos. Yo observé la lumbre de su puro, que aparecía y desaparecía en la oscuridad a medida que las frases iban y venían, hasta que casi me quedé dormido. El orangután, preocupado por algún sueño de los bosques de su libertad, empezó a aullar como un alma en el purgatorio, y a sacudir con violencia los barrotes de la jaula.

Si estuviera libre no quedaría mucho de nosotros -dijo Hans perezosamente-. Da buenos gritos. Observa ahora cómo voy a domarlo cuando se calle.

Se hizo una pausa en aquel escándalo de gritos y de la boca de Hans salió la imitación del siseo de una serpiente, tan perfecto que casi me levantó de un salto. El sostenido sonido asesino se oyó por toda la cubierta y la sacudida de los barrotes cesó. El orangután temblaba en un éxtasis de puro terror.

-Eso le ha hecho parar -dijo Hans-. Aprendí ese truco en Mogoung Tanjong cuando coleccionaba pequeños monos para unas gentes de Berlín. Todo el mundo teme a los monos, excepto las serpientes. Por eso enfrento serpiente a mono, y se queda bastante quieto. Había mucho ego en su cosmos. Esa es la costumbre del alma de los monos. ¿Estás dormido o me vas a escuchar?, porque te voy a contar una historia que no te vas a creer.

-No hay cuento en el mundo que yo no me crea -dije.

-Si has aprendido a creer has aprendido algo. Ahora pondré tu fe a prueba. ¡Bien! Cuando estaba coleccionando esos pequeños monos (era en el 79 o en el 80 y yo estaba en las islas del archipiélago, hacia allí, en la oscuridad)dijo, señalando hacia el sur,
hacia la zona de Nueva Guinea-. *¡Mein Gott!,* preferiría coleccionar demonios rojos vivos antes que monos pequeños. Cuando no te muerden los dedos se mueren de nostalgia por su tierra, porque tienen un alma imperfecta detenida a mitad de su desarrollo, y demasiado ego.

Estuve por esa zona casi un año y allí me encontré con un hombre llamado Bertran. Era francés, muy buen hombre, naturalista hasta la médula. Decían que era un prisionero escapado, pero era un naturalista, y eso era bastante para mí. Llamaba a todos los animales vivos de la selva y ellos acudían. Dije que era san Francisco de Asís en una nueva reencarnación, y él se reía y decía que nunca había predicado a los peces. Los vendía a cambio de babosas de mar, *béches de mer.*

»Y aquel hombre, que era el rey de los domadores, tenía en su casa un endemoniado animal como ese de la jaula, un gran orangután que se creía un hombre. Lo había encontrado cuando era un chiquillo -el orangután- *y* se convirtió en hijo, hermano *y* ópera cómica, todo en uno, para Bertran. Tenía su habitación en la casa, y se iba a la cama, se levantaba por la mañana, se fumaba su cigarro, comía sus comidas con Bertran y paseaba con él de la mano, lo cual era de lo más horrible. *¡Herr Gott!* Yo he visto a esa bestia echarse hacia atrás en la silla y reírse cuando Bertran me tomaba el pelo. *No* era una bestia, era un hombre y le hablaba a Bertran, y Bertran le entendía, porque lo he visto yo. Y siempre fue cortés conmigo, excepto cuando yo le hablaba a Bertran mucho rato sin dirigirle a él la palabra. Entonces, me sacaba de allí (aquel gran demonio oscuro, con sus enormes garras) como si yo fuera un chiquillo. No era un animal: era un hombre. Me di cuenta de esto antes que pasaran tres meses, y Bertran lo mismo; y Bimi, el orangután, nos entendía a medias a los dos, con su cigarro entre sus enormes dientes de perro y sus encías azules.

»Estuve un año allí y en las islas de alrededor, a veces buscando monos; otras, mariposas y orquídeas. Un día Bertran me dijo que se iba a casar porque había encontrado una buena chica, y me preguntó qué me parecía la idea de casarse. Yo no quise decir nada, porque no era yo el que se casaba. Y entonces empezó a cortejar a la chica: una medio francesa, muy guapa. ¿Tienes lumbre? ¡Uf!, muy guapa. Yo sólo le dije: «¿Has pensado en Bimi? Si a mí me aparta cuando hablo contigo, ¿qué le hará a tu mujer? La despedazará. Si yo fuera tú, Bertran, le regalaría a mi mujer, como regalo de bodas, a Bimi disecado». Para entonces yo ya había aprendido algunas cosas acerca de los monos. «¿Matarlo?», dijo Bertran. «El animal es tuyo», dije yo; «¡si fuera mío ya le habría pegado un tiro!».

»Y en ese momento sentí en mi cuello los dedos de Bimi. *¡Mein Gott!* Te aseguro que hablaba con esos dedos. Era el alfabeto de los sordomudos entero. Deslizó su mano peluda en torno a mi cuello, me levantó la barbilla y me miró a la cara simplemente para ver si había entendido sus palabras como él había entendido las mías. «Mira lo que hace», dice Bertran, «tú le matarías y él no te hace más que carantoñas. ¡Eres un teutón ingrato!».

»Pero yo sabía que había hecho de Bimi un enemigo mortal y de por vida, porque sus dedos cantaban asesinato a través de mi cuello. La siguiente vez que vi a Bimi yo llevaba una pistola al cinto, y él la tocó una vez, y yo abrí la recámara para que viera que estaba cargada. El había visto matar los monos pequeños en los bosques. Comprendió.

»Y Bertran se casó y se olvidó completamente de Bimi, que estaba saltando en la playa solo con media alma humana en su panza. Yo le vi saltar y cogió una gran rama y empezó a cavar en la arena hasta que hizo un gran agujero como una tumba. Así que le dije

a Bertran: «Por lo que más quieras, mata a Bimi. Está loco de celos».

»Y Bertran dijo: «No está loco en absoluto. Obedece y quiere a mi mujer, y cuando se lo dice le trae las zapatillas», y miró a su mujer, al otro lado de la habitación. Era una chica muy guapa.

»Y entonces yo le dije: «Pretendes conocer a los monos y a esta bestia que se está azotando hasta volverse loco, ¿por qué no le hablas? Pégale un tiro cuando vuelva a casa, porque lleva en sus ojos una luz que significa muerte..., y más muerte». Bimi volvió a casa, pero no había luz en sus ojos. La había desterrado, con ingenio..., era tan ingenioso, y fue a buscar las zapatillas de su chica *y* Bertran se volvió hacia mí *y* me dijo: «¿Lo vas a conocer mejor tú, en nueve meses, que yo en doce años? ¿Mata un hijo a su padre? Yo lo he alimentado y era mi hijo. No le cuentes esas tonterías a mi mujer ni tampoco a mí, nunca más».

»Al día siguiente Bertran vino a mi casa a ayudarme a construir unas jaulas de madera para los ejemplares que coleccionaba, y me dijo que había dejado a su mujer con Bimi en el jardín. Y yo terminé mis jaulas deprisa y le dije: «Vamos a tu casa a tomar una copa». El se rió y me dijo: «Vamos, hombre seco».

»Su mujer no estaba en el jardín, y Bimi no acudió cuando Bertran le llamó. Y su mujer tampoco acudió cuando la llamó, y llamó a la puerta del dormitorio y estaba cerrada con llave. Entonces me miró, lívido. Eché la puerta abajo, y la paja del tejado estaba desgarrada en un agujero enorme y entraba el sol hasta el suelo. ¿Has visto alguna vez trozos de papel en una papelera o cartas de *whist* dispersas por una mesa? No había mujer que ver en aquel cuarto. Te digo que no había nada en aquella habitación que correspondiese a lo que entendemos por una mujer. Había trozos por el suelo y eso era todo. Miré aquellos despojos y vomité; pero Bertran se quedó mirando un rato más lo que había pegado en las paredes y en el suelo, bajo el agujero de la paja. Y entonces empezó a reír, suave *y* sordamente, *y* supe que se había vuelto loco y di gracias al cielo. No lloró, no rezó. Se quedó quieto en el vano de la puerta, riéndose para sí. Y entonces dijo: «Ella se encerró en su cuarto y él rompió el tejado de paja. *¡Fi done!* Así es. Arreglaremos el techo y esperaremos a Bimi. Seguro que vendrá».

»Te digo que esperamos diez días en aquella casa, después que la habitación recobrara de nuevo su aspecto de habitación, y una o dos veces vimos a Bimi que se acercaba desde los bosques. Tenía miedo, porque había actuado mal. Bertran le llamó cuando vino a echar un vistazo a los diez días, y Bimi vino saltando por la playa y haciendo ruidos, con un gran trozo de pelo negro en la mano. Entonces Bertran se rió y dijo: *«¡Fi donc!»,* como si se acabara de romper un vaso bajo la mesa; y Bimi se acercó más, y Bertran le habló con voz de miel y se reía para sí. Durante tres días estuvo cortejando a Bimi, porque Bimi no se dejaba tocar. Y luego Bimi vino a cenar con nosotros a la mesa, y el pelo de sus manos estaba todo negro y pegajoso con... con... aquello que se le había quedado seco en las manos. Bertran le dio *sangaree* hasta emborracharlo y embrutecerlo y entonces...

Hans se detuvo para dar una calada a su puro. -¿Y entonces? -dije yo.

-Y entonces Bertran le mató con sus propias manos, y yo me fui a dar un paseo a la playa. Era asunto de Bertran. Cuando volví, el mono estaba muerto y Bertran agonizaba tendido sobre él; pero se seguía riendo, bajito *y* suavemente, *y* estaba muy contento. Ya conoces cómo se calcula fuerza del orangután: más de siete a uno en relación con el hombre. Pero Bertran había matado a Bimi con lo que Dios le había dado. Eso fue un milagro.

El clamor infernal de la jaula comenzó de nuevo.

-¡Ah! Ese amigo nuestro tiene todavía demasiado ego en su cosmos. ¡Tranquilo!

Hans dejó oír un siseo largo y venenoso. Oíamos a la gran bestia temblorosa en su jaula.

-Pero ¿cómo es que no ayudaste a Bertran en lugar de dejar que lo matara? -dije.

-Amigo mío -dijo Hans, estirándose con tranquilidad para dormir-, ni siquiera a mí me resultaba agradable vivir después de haber visto aquella habitación con el agujero en el techo. Y Bertran, él, era su marido. Buenas noches y que duermas bien.